

Seis poemas

HERNAN LAVIN CERDA



La confulación

Me ahoga el agua que bebo sin pudor.
Me ahoga su ritmo sibilino, su densidad, su mansedumbre.
No me asfixia la algarabía del agua
sino el aire
que en mí desaloja.

Pongámonos de acuerdo, de espaldas, de rodillas:
¿debo beber,
debere seguir viviendo?
¿Quién habrá de beberse el vino exultante
que el aire en mí precipita?

Deseo respirar y no puedo: es improbable.
Alguien hace la mueca del gusano y huye con mi lengua.
¿Quién se oculta
en la placenta del vino?
¿Quién se ha vuelto pusilánime?

Solitario se arrastra el nonato en su melancolía: es imposible.
Espiritosamente
quisiera hundirme en el residuo de la pureza.
Nunca el agua fue en mí lo que al principio:
prodigio, albur, soberbia.
Libérrimo
dejo de respirar y soy el aire
que al vino confabula.

El olvido

Existe la evidencia de que mi cuerpo
es más viejo que yo.
Este cuerpo
 es histórico:
para vivir debo olvidarlo, pero esta lengua
me lo impide:
 dentro de ella,
no soy
más que el ridículo de toda caricatura.

Semiólogo, yo debiera ser
una ficción:
 libido, libídine, logos
en libertad.
Sin embargo, no puedo disentir
y me resisto a creer que mi lengua sea menos vieja que yo.

Soy astuto, un poco tonto, posiblemente seré incapaz
de conquistar el olvido,
 aquel deseo
que nunca tuvo la consistencia
de una piedra
en el agua.

Volver al sótano

Qué oficio el nuestro, María Pía Obscura:
copular, graciosamente, en un rincón del sótano
de los cadáveres.

Diríase que hemos perdido todo, mi fatua fufurufa:
dígase, aun cuando sea imperceptible, que sólo es comedia
lo undoso de tu pubis y lo furibundo de tus uñas.

No queda nadie en el mundo, ni la carne cruda, ni el suplicio
de las aves.
Ya no quedan nuestras rótulas vacías, ni la cabellera,
ni la lengua.
Símbolo del pudor, símbolo de la gloria,
solamente respiran los cadáveres.

Más allá del desierto, tu desnudo tobillo hacia la tumba:
más allá de la noche, vertiginoso, solitario el púrpura
del sótano donde habremos de perder toda la gracia.

Color de alcatraces hundiéndose en la piedra:
puro musgo mortal, capricho impuro, pura impudicia,
instinto, ratonera:
pura furunculosis, Gloria in anima vili, gracioso dolor
y alevosía.

Detrás del vidrio

Del polvo de China, de su piedra, de la luz
del ornamento que estuvo antes de todo,
es la hoguera de esta mariposa inexpugnable.
Odiosamente podríamos decir que se volvió muda
y jamás canta, pero su aullido sube del sótano
donde desnudos juegan los jorobados
cuando ha concluido el simulacro del ojo.

Ni adivinanzas: tampoco el ábaco
de una recámara con leones, búhos, tigrillos,
aves migratorias y el cortinaje púrpura
cayendo, entre el maíz, junto a la cama con espejos.

De gavián en gavián, Attacus Atlas: cifra
de una tempestad que también se ha vuelto inexpugnable.
¿Quién sopla desde la negrura de su cuerno gigante?
¿Quién se divierte todavía en el vértigo
de los ideogramas carnales?

La respuesta es herejía, esperma, remolino, golpe
de látigo y puñales saliendo del fuego.
La respuesta es la fragua donde los jorobados
son la piel y el agua de esta cifra inexpugnable.

Inmovilidad de la liturgia: no habrá banquete
aunque las codornices rueden degolladas por el césped.

Desnudos hasta la cintura

Al fin de aquella noche vimos cómo fluía el agua
desde el rumor vesánico del sexo de Enotea.
Eran los vestigios de la carne y el látigo del mago,
y toda ella era mucho más que su propia impostura.

Aquella noche la épica impura y tal vez pálida
de sus juegos obesos y su desconcertante sexo,
nos dejó casi fuera de los límites del mundo:
fluía la sangre del agua que sin saber fluía.

En el principio de aquella noche fuimos los cómplices
y bajo el disfraz del gato montés en su gata
preparamos el ataque a tus fértiles y democráticas rodillas:
desgraciadamente se nos cruzó la sombra y nadie pudo abrirte.

Era el fin de aquella noche cuando abrimos la sombra de Enotea
y yo le dije concédeme el placer del asilo en esta tumba.
Está bien, dijo agitando saturnalmente sus caderas:
pero desnúdate y no olvides que todo arderá hasta que la luna vuelva.

Una noche más el mundo bailó en los límites de la hoguera
y ciegamente volvimos al rencor y la dulzura del principio.
Entrábamos de nuevo a la comedia del envejecimiento:
aunque debajo de los cerdos Encolpio se pintaba y Enotea me mordía.

El invitado

Las tres mujeres van desvestidas de blanco
y sólo una lleva ombligo
pero rápidamente se avergüenza.

Ahora las tres se visten de blanco
y la segunda simula sobre el ombligo de la primera
pero es más rápida su desvergüenza que su vergüenza.

De pronto llega el invitado y se disfraza de blanco
cuando la luz enciende una mano
y las tres se avergüenzan sobre el cadáver de su ombligo.



Ilustraciones de George Grosz